

Resignificar la competencia en el fútbol: de la formación docente a las infancias

Ponente: Prof. Iván Romero

Pertenencia institucional: Universidad Nacional de La Plata / Universidad Nacional de Avellaneda

Correo electrónico: ivanromeroref@gmail.com

Resumen

Este trabajo propone una articulación entre el análisis realizado en un trabajo final de intervención para la Maestría en Educación Física y Deportes de la Universidad Nacional de Avellaneda y la experiencia docente en la formación de futuros y futuras profesoras de Educación Física en la Universidad Nacional de La Plata. Se aborda la necesidad de resignificar la competencia como una dimensión inevitable en la formación deportiva. A partir de una mirada crítica y pedagógica, se propone pensar la enseñanza del deporte en el profesorado, en especial el fútbol, como un espacio estratégico donde se pueden construir otras formas de enseñar: más inclusivas, más reflexivas, más humanas. La ponencia se sostiene en aportes teóricos de autores trabajados en los textos originales y busca, sobre todo, abrir preguntas sobre el sentido de enseñar a competir y el lugar que ocupa el juego en la formación deportiva en las infancias. Se destacan, además, propuestas concretas para enseñar fútbol en clave pedagógica, situadas en experiencias reales y atravesadas por una perspectiva ética, política y cultural que reconoce a las infancias como sujetos de derechos.

Palabras clave

Fútbol infantil – Formación docente – Educación Física – Competencia

Introducción

El presente trabajo es la continuidad de un recorrido que comenzó con una inquietud concreta: ¿qué sucede cuando el fútbol infantil, en lugar de generar experiencias de aprendizaje y disfrute, reproduce lógicas adultocéntricas y excluyentes? Esa pregunta orientó un Trabajo 

Final de Intervención de la Maestría en Educación Física y Deportes de la Universidad Nacional de Avellaneda, centrado en el análisis de las tensiones entre la formación deportiva y la formación pedagógica en clubes de fútbol infantil. A lo largo de ese proceso, quedó en evidencia que la competencia, lejos de ser una simple dimensión del deporte, se configura como una estructura que ordena prácticas, legitima discursos y condiciona vínculos.

Este nuevo trabajo retoma esas preocupaciones, pero desde otro escenario: la formación docente. Como profesor del eje Fútbol en Educación Física 2 en el profesorado en Educación Física en la Universidad Nacional de La Plata, las clases se presentan como un espacio privilegiado para seguir pensando y, sobre todo, para intervenir. Porque si hay algo que quedó claro durante el armado del trabajo final integrador de maestría, es que muchas de las prácticas que criticamos en el fútbol infantil no son errores aislados, sino consecuencias previsibles de una lógica que se internaliza mucho antes. Los futuros y las futuras docentes llegan al profesorado con una historia corporal cargada de mandatos deportivos: competir es lo natural, ganar es lo deseable, el error es lo que hay que evitar. Y si no se problematizan esas marcas, lo más probable es que se reproduzcan.

En ese sentido, la formación docente no es solo una etapa del trayecto académico sino un punto de inflexión. Es la oportunidad de desarmar lo aprendido, de habilitar otras preguntas, de diseñar nuevas formas de enseñar. Y es también una responsabilidad ética: la de formar educadores y educadoras que no perpetúen lógicas que dañan, sino que habiliten experiencias que incluyan, que transformen, que cuiden.

Esta ponencia, entonces, busca profundizar esa línea de trabajo. No desde la crítica destructiva, sino desde la propuesta. No desde la teoría sola, sino desde la práctica reflexionada. No como un cierre, sino como una apertura. Porque el fútbol -como práctica social, cultural y pedagógica- no está dado: se construye en cada espacio donde se enseña. Y la competencia también, ya que el problema no es competir, sino cómo y para qué se compete. Y sobre todo: qué se aprende en ese proceso.

Formar para transformar: lo que está en juego cuando enseñamos fútbol

Formar docentes es siempre una tarea política. Pero formar docentes para enseñar fútbol con sentido es, además, una intervención en la cultura. No solo porque el fútbol es el deporte más potente y masivo de la sociedad argentina, sino porque en él se condensan una enorme cantidad de valores, discursos y prácticas que muchas veces operan como verdad sin haber sido nunca pensadas. El profesorado, en ese sentido, se convierte en un espacio clave: lo que



allí se enseñe, lo que allí se habilite o se cuestione, tendrá efectos directos sobre las futuras infancias que esos y esas docentes intervendrán con sus enseñanzas.

Como plantea Guterman (1998), el fútbol ha sido históricamente relegado del currículum escolar por ser considerado un saber popular, espontáneo o irrelevante, cuando en realidad es un contenido socialmente significativo que forma parte de la identidad cultural argentina. Ignorarlo, sostiene el autor, es profundizar las desigualdades, ya que para muchos niños y niñas, la escuela es el único espacio sistemático donde pueden aprender a jugar. Enseñar fútbol en la escuela, por tanto, no es solo una oportunidad didáctica, sino también una responsabilidad social. Entendiendo que el rol de los clubes deportivos en la Argentina, en ocasiones es el de una segunda escuela, un espacio de educación terciario (luego de la casa y la escuela), enseñar fútbol con valores o con una intención pedagógica que va más allá del simple hecho de patear una pelota, es importante para el futuro de cada niño o niña.

Como se trabajó en el trabajo final de intervención, las lógicas de competencia en el fútbol infantil no surgen de la nada. Son construidas, sostenidas, reproducidas. Y muchas veces, lo son por adultos bien intencionados, pero formados en modelos deportivos que privilegian el resultado por sobre el proceso, la exigencia por sobre el disfrute, la corrección por sobre la escucha. Esa formación -explícita o implícita- deja huellas. Se vuelve sentido común. Se instala como “lo que funciona”. Y cuando llega al colegio o al club sin ser revisada, lo que se enseña no es fútbol: es obediencia, es selección, es exclusión disfrazada de juego.

Es por eso que el trabajo en el profesorado no puede limitarse a transmitir contenidos deportivos. Tiene que ser un espacio de disputa simbólica. Un lugar donde lo aprendido se ponga en crisis, donde la experiencia previa no se niegue pero tampoco se sacralice, donde la planificación no sea un trámite burocrático sino una toma de posición. Enseñar a enseñar fútbol implica, entre otras cosas, decidir desde dónde se quiere intervenir en la cultura futbolera.

Cuando un docente elige una consigna para una clase, está diciendo mucho más que “qué se va a hacer”: está diciendo cómo se entiende el juego, qué lugar se le da al error, a la diferencia, a la participación. Y eso impacta. Impacta en cómo se posicionará frente a sus estudiantes. Impacta en qué formas de jugar habilitará.

Formar docentes, entonces, no es solo garantizar que sepan explicar una jugada o corregir un gesto técnico. Es acompañar un proceso de formación docente, donde enseñar fútbol no sea una repetición de lo vivido, sino una creación consciente de nuevas formas de educar. No se trata de borrar el pasado deportivo, sino de aprender a mirarlo con un sentido pedagógico. Porque solo así es posible transformar.



Como advierte Fusetti (2021), en muchos casos la experiencia de haber sido jugador no alcanza para enseñar, y el fútbol se transmite más desde la vivencia personal que desde una planificación pedagógica sistematizada. Esta advertencia resalta la necesidad de construir saber pedagógico específico, que oriente la práctica más allá del recuerdo o la costumbre. Lo que está en juego cuando enseñamos fútbol no es un gol, ni una tabla de posiciones. Lo que está en juego es la posibilidad de construir infancias que se reconozcan en el juego, que se animen a errar, que aprendan a convivir en la diferencia. Y esa posibilidad depende, en gran parte, de cómo formamos a quienes van a enseñar.

¿Qué harías vos si fueras el profe?: formar criterio pedagógico desde la cancha

Enseñar fútbol no es aplicar una receta. No se trata de repetir consignas ni de ajustar gestos técnicos. Tampoco de copiar modelos. Enseñar fútbol es tomar decisiones. Y en esas decisiones, que a veces se toman en segundos, en pleno partido, se pone en juego el criterio docente. Ese conjunto de saberes, experiencias, intuiciones, posicionamientos y convicciones que no siempre se pueden escribir, pero que definen, en gran medida, cómo se enseña. Según Behares (2008), “enseñar implica poner en signos, hacer lugar a la significación” (p. 42), lo que remite a una concepción dialéctica en la que el conocimiento no es un dato a depositar, sino una construcción compartida que se ancla en lo simbólico y en lo relacional. Esta mirada permite cuestionar los modelos hegemónicos de enseñanza, específicamente en el fútbol y especialmente en contextos de formación infantil, donde los sentidos que se ponen en juego inciden directamente en las experiencias subjetivas de quienes participan.

Durante la formación en el profesorado, ese criterio no siempre está explicitado como contenido. Se habla de planificación, de evaluación, de contenidos, pero pocas veces se trabaja la toma de decisión cuando la situación no está prevista. Y sin embargo, en el fútbol, esas situaciones aparecen todo el tiempo. ¿Qué hacés cuando un chico o una chica no quieren jugar? ¿Y si quieren entrar pero el grupo la rechaza? ¿Si se frustran y abandonan el juego? ¿Si no tocan la pelota nunca?

En las clases de Fútbol en Educación Física 2, muchas veces estas preguntas se hacen presentes. A veces por hechos reales que suceden en las prácticas; otras, porque se proponen como dilemas. “¿Qué harías vos si fueras el profe?” Esa pregunta, que parece sencilla, obliga a pensar más allá de lo que dice el diseño curricular o los textos de la cátedra. Obliga a situarse, a mirar al otro, a tomar decisiones que no están escritas, pero que tienen impacto.



Esa formación del criterio docente es tan importante como la enseñanza de contenidos. Porque es lo que permitirá sostener la enseñanza del deporte cuando las cosas no salgan como esperaban, cuando el grupo no responda, cuando aparezca la diferencia, la incomodidad, el conflicto. Y si no hay espacio en el profesorado para ejercitar ese tipo de decisiones, entonces lo que se aprende es a improvisar, a repetir lo que se vivió, a sostener desde el instinto, no desde la reflexión.

Formar criterio pedagógico no significa dar respuestas cerradas, sino habilitar preguntas significativas. Significa construir condiciones para que cada estudiante se posicione, no desde el mandato, sino desde el análisis. Significa asumir que en la cancha no se enseña solo fútbol: se enseña a estar con otros, a decidir con responsabilidad, a leer el contexto y actuar en consecuencia.

Muchas de las prácticas violentas o excluyentes que se ven en el fútbol infantil no surgen por maldad, sino por falta de formación, por inercia, por reproducción. Entonces, formar criterio docente es también una forma de prevención. De anticiparse a esas lógicas. De intervenir antes de que se vuelvan estructura. Preguntar “¿qué harías vos si fueras el profe?” no es solo una técnica didáctica. Es formar a quienes van a estar frente a otros cuerpos, otras trayectorias, otras historias. Y es, sobre todo, reconocer que enseñar fútbol con sentido no se trata de saber todo, sino de saber pensar lo que uno hace mientras lo hace.

Resignificar la competencia desde la formación: una apuesta pedagógica para la infancia

Desde una perspectiva histórica, Frydenberg (2011) analiza cómo el deporte moderno fue concebido desde la lógica de la rivalidad, la honra y la victoria. En el caso del fútbol argentino, “el campo de juego pasó a ser un campo de batalla” (p. 78), y esa imagen del juego como guerra simbólica sigue vigente hoy en muchos clubes de formación. Elias y Dunning (1995) analizan el deporte y una posible pérdida progresiva de la dimensión lúdica por diferentes motivos. Esta pérdida se hace evidente cuando la enseñanza de los deportes - incluido el fútbol- se lleva a cabo como si los niños y niñas fueran adultos o adultas, sin considerar sus tiempos, intereses y necesidades. En esos casos, la ausencia de una intervención pedagógica adecuada genera propuestas descontextualizadas, que olvidan no solo a quiénes se enseña, sino también para qué y por qué. Enseñar a competir, entonces, implica también asumir la responsabilidad de enseñar a jugar, preservando el sentido formativo del deporte en la infancia.



La competencia no es el problema. El problema es cómo se enseña, desde dónde se instala, qué sentidos se le atribuyen, y a qué cuerpos habilita o excluye. La experiencia de intervenir en el fútbol infantil dejó en evidencia que la lógica competitiva naturalizada en los clubes muchas veces opera de forma violenta, despojada de toda intencionalidad pedagógica, sostenida por adultos que priorizan el resultado por sobre el aprendizaje, y que entienden el juego como un espacio de eficacia más que de formación.

Como plantea Romero Cerezo (2000), el entrenamiento deportivo, más allá de su dimensión técnica, debe propiciar la gestión emocional, la resolución de conflictos y la formación de identidades positivas. Enseñar fútbol en la infancia, entonces, exige crear entornos donde el error no sea penalizado, donde la competencia sea sinónimo de superación y no de presión. En el trabajo de intervención se sostuvo que la competencia mal entendida puede transformarse en una maquinaria que excluye y etiqueta y que una de las manifestaciones más preocupantes de esa lógica es el modo en que se adultizan las prácticas desde edades cada vez más tempranas. Niños y niñas que deberían estar explorando el juego, se ven sometidos a presiones, gritos, castigos y frustraciones que poco tienen que ver con la experiencia de aprender.

Frente a ese diagnóstico, la experiencia en el Profesorado aparece como una instancia privilegiada de transformación. Porque los futuros y las futuras docentes que allí se forman serán quienes trabajen en esos mismos contextos: escuelas, clubes, colonias, ligas, barrios. Si llegan a esos espacios repitiendo la lógica que vivieron, el ciclo se perpetúa. Pero si se los forma desde una mirada pedagógica crítica, que les permita problematizar la competencia y construir propuestas alternativas, entonces se abre una posibilidad real de cambiar la historia desde el origen.

La enseñanza del fútbol en el profesorado no puede reducirse a una transmisión de técnicas o sistemas tácticos. Debe ser, sobre todo, un espacio para desarmar las lógicas que se han internalizado sin reflexión, para revisar lo que se cree normal en una clase, en un entrenamiento, en un juego. Es en ese proceso de revisión donde se puede resignificar la competencia, no como un obstáculo a evitar, sino como una herramienta a reconstruir. La propuesta no es eliminar la competencia, sino recuperarla como experiencia valiosa, siempre y cuando esté al servicio del aprendizaje. Una competencia que no castigue el error, que no premie la exclusión, que no transforme el juego en angustia. Sino una competencia que motive, que proponga desafíos, que fomente la cooperación, que invite a mejorar sin miedo.



De esta manera, es posible pensar una competencia donde el foco esté puesto en el proceso y no en el resultado, donde los y las participantes puedan encontrarse con el otro sin la obligación de vencerlo. Esa posibilidad no es utópica ni ingenua. Es una decisión pedagógica. Y esa decisión debe instalarse desde la formación docente, porque si la competencia es una dimensión inevitable del deporte, entonces su re significación debe formar parte central del trabajo de enseñar a enseñar. Y si la Educación Física tiene la potencia de llegar a clubes, escuelas y territorios diversos, entonces el profesorado es el lugar estratégico donde esa transformación debe empezar.

Propuestas para enseñar una competencia con sentido

Resignificar la competencia no puede quedarse en el plano discursivo. Requiere práctica, planificación, decisiones. Si la formación docente no habilita espacios donde los futuros profesores y profesoras puedan experimentar formas alternativas de enseñar el fútbol, entonces el riesgo es que, ante la falta de modelos, recurran a los ya conocidos: partidos tradicionales, ejercicios imitativos, correcciones técnicas descontextualizadas, gritos como forma de conducción. En este sentido, De Marziani (2012) sostiene que enseñar fútbol no implica transmitir técnicas aisladas, sino comprender e intervenir en la lógica interna del juego: sus reglas, objetivos, situaciones y acciones. Desde esta perspectiva, la enseñanza se convierte en una espiral entre análisis y síntesis, donde el docente parte del juego para detectar problemas, intervenir sobre ellos y regresar a las actividades con nuevos recursos. Lejos de fragmentar el contenido, esta mirada propone integrar táctica, técnica y contexto, favoreciendo aprendizajes más significativos y situados. En ese sentido, se ponen a prueba maneras distintas de pensar el deporte, de organizar la clase, de construir consignas que desafíen sin excluir.

Una de las claves para ello es la construcción de consignas situadas. Propuestas en las que el objetivo no sea solo ganar, sino cooperar, decidir, pensar en equipo. Por ejemplo:

- Diseñar juegos con objetivos múltiples (más de una forma de anotar puntos).
- Introducir el azar o la rotación de roles para redistribuir el protagonismo.
- Crear equipos desequilibrados intencionalmente, donde lo importante sea cómo se organiza el equipo que se encuentre menos favorecido.
- Dejar espacios para interrumpir el juego, evaluar decisiones y reformularlas en grupo.



Otra estrategia es el uso de la reflexión compartida como parte del juego. No al final, sino durante. Hacer preguntas como:

- ¿Qué otra forma de organizarse hubiese funcionado?
- ¿Cómo se sintió cada uno en el rol que le tocó?
- ¿Qué pasaría si cambiamos esta regla?
- ¿Quiénes no tocaron la pelota y por qué?

Estas intervenciones no le quitan intensidad al juego. Al contrario, lo densifican. Lo transforman en experiencia. Permiten que la competencia esté presente, pero en un marco donde el foco esté en el proceso, en las decisiones, en el vínculo. No en el marcador. De esta manera, se sostiene que una propuesta no se vuelve lúdica solo porque no hay ganadores; se vuelve lúdica cuando hay espacio para jugar sin miedo, cuando el juego se expande y no se clausura. Por eso, enseñar a enseñar fútbol no puede ser solo una práctica deportiva. Tiene que ser una toma de posición frente a la forma en que se construyen —o se destruyen— las experiencias corporales en la infancia.

Desde esta perspectiva, no es la idea que los y las estudiantes del profesorado practiquen fútbol, sino que practiquen enseñanza, evaluando qué consignas generan participación, qué formatos permiten pensar el juego desde otros lugares, qué decisiones toman los chicos y chicas cuando no hay una voz que grita desde afuera. Y eso también transforma la forma en que ellos mismos conciben la competencia. Porque no la abandonan, pero la reformulan. La propuesta es que el deporte deje de ser una carrera, y se vuelva una conversación. Una conversación que se da con el cuerpo, con las reglas, con los otros y con las otras. Una conversación donde la competencia no desaparece, pero ya no grita. Y eso es lo que puede marcar la diferencia entre una infancia atravesada por el deporte y una infancia dañada por el deporte.

Conclusión

El fútbol infantil, tal como se analizó en el Trabajo Final de Intervención, puede convertirse en una experiencia profundamente formativa o en un espacio de reproducción de violencia simbólica. El límite entre una y otra posibilidad no está dado por el deporte en sí, ni por su componente competitivo, sino por la intención pedagógica con la que se lo proponga. Por eso, el trabajo en la formación docente no es un espacio más: es el lugar clave donde puede



resignificarse la competencia antes de que se reproduzca sin cuestionamientos. La competencia no tiene por qué ser sinónimo de presión, exclusión o castigo. Puede ser un motor de aprendizaje, un lenguaje para pensar con otros, un modo de encontrarse en el juego. Pero para eso hace falta una formación que la problematice, que le devuelva sentido, que la ubique en un marco ético y pedagógico. Enseñar a competir con otros, y no contra otros. Aprender a sostener la intensidad sin dejar a nadie afuera. Jugar sabiendo que lo que está en juego es mucho más que un resultado.

Desde la experiencia concreta en el profesorado, quedó en evidencia que la competencia está instalada en los estudiantes como un valor asumido, aprendido, muchas veces no reflexionado. Pero también quedó claro que, cuando se habilitan espacios de análisis, de práctica situada, de planificación con propósito, esa lógica puede ser desarmada y vuelta a armar desde otro lugar.

La Educación Física tiene, en ese sentido, un rol irremplazable. No solo por su capacidad de intervenir en escuelas, sino también por su llegada a clubes, barrios, ligas, colonias. Formar docentes capaces de llevar el juego a todos los cuerpos, de proponer una competencia que no duela, de pensar el deporte como un derecho y no como un privilegio, es una tarea profundamente política.

Esta ponencia no busca clausurar el debate, sino ampliarlo. Poner sobre la mesa que sí se puede enseñar fútbol con sentido, que la competencia no es enemiga del aprendizaje, que el cuerpo no es solo herramienta de rendimiento. Y que todo eso empieza, y se pone a prueba, en la formación docente. Porque si ahí no se resignifica la competencia, después quizás ya sea tarde. La transformación no es inmediata. Pero sí es posible. Y empieza por enseñar, no solo lo que sabemos hacer con la pelota, sino lo que decidimos hacer con el juego.

Referencias bibliográficas

Behares, L. E. (2008). *De un cuerpo que responda a la palabra: Un retorno a la teoría antigua de la enseñanza*. En L. E. Behares (Ed.), *Cuerpo, lenguaje y enseñanza* (pp. 29–46). Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias - Comisión Sectorial de Investigación Científica.

De Marziani, F. (2008). *Fútbol Infantil: ¿Trabajo o diversión? ¿Esfuerzo o placer? ¿Competencia o juego? ¿Pena o gloria?* En *Revista Educación Física y Ciencia*. N° 10. FaHCE, UNLP.

- De Marziani, F. (2012). *Enseñar a enseñar el fútbol*. Documento de circulación interna. Departamento de Educación Física. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata.
- Elias, N., & Dunning, E. (1995). *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Fusetti, P. (2021). *Fútbol argentino y ciencia: Una mirada sobre la experiencia y la enseñanza*. Tesis de Maestría, Universidad Nacional de La Plata.
- Frydenberg, J. (2011). *Historia social del fútbol*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Guterman, T. (1998). *El fútbol en la escuela: aportes para repensar un encuentro*. En Revista digital de Educación Física.
- Romero Cerezo, C. (2000). *Hacia una concepción más integral del entrenamiento del fútbol*. En Revista digital de Educación Física.